

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo suplico, que yo los estime, los ame, y no haga de ellos materia de escándalo como los judíos, ni de menosprecio como los malos cristianos.



seras despreciada de todos
turas en el Infierno; y si Él te estima,
serás en el Cielo estimada de los
ángeles para siempre.
¿Qué es lo que tú hallas de fasti-

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y



DICIEMBRE

(Flor: *No me olvides.*)

De la muerte.

§ I

La muerte según su ser.

EL año está casi acabado: los meses y los días que lo componen ya se han pasado: la tierra ha perdido sus flores y ha sido despojada de sus mieses: los árboles ya están sin fruto y sin hojas: los campos están ya hechos unos tristes objetos de melancolía; finalmente, todas las cosas nos anuncian que hemos de morir. Y si la muerte hasta ahora no nos ha acometido, es porque

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo su-

Dios, que la gobierna á su voluntad, la ha detenido porque tengamos espacio para disponernos para ella. Si bien tú que has leído este librito hasta aquí estás viva, adviérte que tu vida es ya once meses más corta de lo que era al principio de este año. Haz reflexión sobre tus sentimientos y acciones; mira cómo has cumplido este año los buenos propósitos que habías hecho. ¡Oh, cuántas veces los has quebrantado! ¡Y cómo la negligencia ó la pasión ha abierto grandes brechas en tus santas resoluciones! ¿Cuántas veces has podido quedarte muerta en medio de tus actuales defectos, de tus impacencias, de tus aversiones, de tus afectos desordenados? Y Dios, por sola su misericordia, te ha conservado y te aguarda á que hagas una perfecta penitencia.

Tú no tienes duda alguna de que has de morir puesto que eres mortal, y todas las cosas que te rodean

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y

todos los días perecen. Tú te has escapado de muchas ocasiones de muerte; mas al fin has de venir á caer en una, que será en aquella en que menos pienses. Tú has de caer para no levantarte más, y quizá con una caída imprevista, sin que ninguna cosa del mundo pueda librar-te de tal desgracia. Mira bien si de verdad querrias que te sorprendiera la muerte en este día, en este momento, en el estado en que te hallas. Mira si tienes algo de que te remuerda la conciencia. Si estás atada con alguna ligadura que te parezca difícil de romper. Si tienes algun pecado por el cual no estás completamente satisfecha. Si tienes resentimiento contra alguna persona. En una palabra: si te hallas con aquella inccencia y pureza con que querrias comparecer delante del Tribunal terrible de Dios. Míralo todo bien, y guárdate de adular-te á ti misma. Tú, en el discurso de este

guras, hacémoslos apetecibles y venerables en vuestra Persona, y por facilitarnos su tolerancia y su uso en esta vida. Haced, Señor, lo su-

año, has visto abrasarse los campos con el excesivo calor, y ahora los ves cubiertos de hielo y de tristeza. Tú has visto en él vivas á muchas personas que ahora están pudriéndose debajo de la tierra. Todo te está amonestando que tienes que morir, y los ya muertos desde su sepultura te dicen: «Tú serás presto lo que nosotros somos; el ardor de una calentura ó el frío de la vejez te pondrá entre nosotros: como nosotros te has de pudrir; la sepultura, habitación común, te está aguardando, y si atiendes á la eternidad, bien puedes desde luego hacer cuenta que ya estás en ella, porque el tiempo que hay entre nuestra muerte y la tuya no es más que un momento.»

«¡Oh, si tú supieses (prosíguen) lo que nosotros sabemos: si tú hubieses probado como nosotros el justo rigor del soberano Juez: si tus acciones, palabras y pensamien-

tos hubiesen estado expuestos como los nuestros á los claros rayos de aquel Sol de justicia! ¡Oh, cómo aumentarás tus mortificaciones y fervor de espíritu antes de venir á estar con nosotros! ¡Cómo serías fiel á las gracias que recibes, de las cuales ya nosotros no somos capaces! ¡No esperes, como nosotros, á satisfacer por los pecados con una tardía penitencia!»

Haz cuenta, pues, que te hallas como Ezequías, enferma y desahuciada de los médicos, que te han intimado la sentencia de muerte, y que Dios por su misericordia revoca aquella sentencia y te quiere dar más larga vida. Dale á Dios las gracias como lo hizo aquel Rey: llora y detesta tus pecados pasados, y propón firmemente poner mayor cuidado y diligencia el año siguiente para evitar todo pecado y aun toda imperfección, para agradar más á Dios.

que la miran como el puerto en medio de las borrascas de esta vida: la miran como una fortaleza segura y lugar de refugio en medio de los

¡Oh Jesús Soberano!, que sois Señor de mi vida y de mi muerte, que contáis todos los momentos de la una y disponéis de la otra como os agrada: perdonadme lo mal que me he servido de la vida y lo digna que por mis errores me he hecho de la muerte. ¿Cuántas gracias, Señor, os debo dar porque me habéis alargado la vida hasta esta hora, y cuánto debo hacer en reconocimiento de este beneficio? Pero sin Vos, Dios mío, ¿qué puedo yo sino recaer en mis pecados pasados y en mi misma nada? Ayudadme, pues, Señor, para que los huya, y para que la vida que me dais toda la emplee sólo en servirlos, satisfaciendo á vuestra justicia y haciéndome cada día más digna de ir á veros y gozaros eternamente.

lo que nosotros sabemos: si tú hubieses probado como nosotros el justo rigor del soberano Juez: si tus acciones, palabras y pensamien-

§ II

Temor y deseo de la muerte.

Aunque la muerte es cosa tan espantosa y tan digna de ser temida, témela tú, pero como cristiana, no como mundana toda embebida en los afectos de los bienes terrenos. La persona dada al mundo y á sus placeres teme la muerte porque se los quita, mirando á los bienes que ha de perder y no á los que puede ganar. Mas la verdadera cristiana toda su mira lleva puesta en el lugar adonde va, y no tanto teme á la muerte como á su consecuencia; esto es, al juicio de Dios que le seguirá: de este juicio está temblando, y la voz de este Juez le está hiriendo los oídos. Teme en buena hora tú la muerte; mas témela con un prudente temor. Témela para prevenirla y no ser sorprendida de ella,

que la miran como el puerto en medio de las borrascas de esta vida: la miran como una fortaleza segura y lugar de refugio en medio de los

y como á un enemigo que á quien asalta desprevenido puede hacerle mucho mal; mas para con quien prevenido le aguarda, no tiene fuerza alguna. Prevente, pues, y ten siempre puestas todas tus cosas en orden para cuando este enemigo llegue, pues sabes que ha de venir, pero no sabes cuándo. A la verdad ¿qué mal te puede hacer la muerte si no te coge en estado de pecado mortal? Ella separará tu alma de tu cuerpo; mas para ir á gozar de Dios te es necesaria esa separación. Ella te apartará de la compañía de todas las personas que amas; mas en el Cielo tendrás la compañía de los ángeles y santos, con la cual no es comparable compañía alguna de este mundo. Ella te quitará el uso de los bienes de la tierra; pero tú sabes que éstos son muy mezquinos y rodeados de males, y en su lugar irás á gozar de los infinitos bienes del Cielo. No es, pues, la muerte tan

lo que nosotros sabemos: si tú hubieses probado como nosotros el justo rigor del soberano Juez: si tus acciones, palabras y pensamien-

y colérica, ella te será desabrida, áspera é intolerable. Con el mismo sentimiento de amor laméntate de tu muerte porque se tarda tanto, di-

formidable como tú pensabas, pues sólo es formidable morir en pecado.

Ya no debemos temer la muerte después que nuestro Salvador la desarmó y echó por tierra. Ella era antes la tirana de todo el mundo, y ejercitaba su crueldad con todos los hombres en cuanto les quitaba la vida, cuando saliendo de ella habían de hallar cerrada la puerta del Cielo. Ella fué tan temeraria que acometió al Hijo de Dios; mas su victoria fué ruina, porque quedó destruída con la muerte de Jesucristo; y como la serpiente mordiendo á uno pierde el veneno para dañar á los demás, así ella, hiriendo al Salvador, quedó impotente para dañarnos. Las almas fuertes y santas tienen por cosa deseable á la muerte por los bienes que en ella reconocen. Porque la miran como el puerto en medio de las borrascas de esta vida: la miran como una fortaleza segura y lugar de refugio en medio de los

y como á un enemigo que á quien asalta desprevenido puede hacerle mucho mal; mas para con quien prevenido le aguarda, no tiene fuer-

combates que nos mueven sobre la tierra nuestros crueles enemigos: la miran como el término de nuestra carrera, donde hemos de hallar el descanso y la recompensa de nuestras fatigas: y la miran, en fin, como la puerta por la cual se entra, y nos es forzoso que entremos, para gozar de la felicidad eterna que nos aguarda. Dichosas aquellas almas que toleran con paciencia esta vida, y esperan la muerte como una felicidad, las cuales no la miran como terrible y cruel; antes se les representa afable y llena de suaves atractivos, porque la miran como el fin de todas sus miserias y principio de su verdadera felicidad. Si quieres que sea del número de estas almas dichosas la tuya, reforma sin dilación tu vida y santificala continuamente, de manera que merezcas una santa muerte.

¡Virgen Santísima! ¡Madre adorable del Salvador, que después de

y colérica, ella te será desabrida, áspera é intolerable. Con el mismo sentimiento de amor laméntate de tu muerte porque se tarda tanto, di-

la ascensión gloriosa de vuestro Hijo, suspirabais ardientemente por ir al Cielo: suplicoos, Señora, que todo el resto de mi vida sea una continua preparación para la muerte, de manera que siempre viva, en cuanto el afecto, muerto á todas las cosas de este mundo, para que, cuando en efecto llegue mi muerte, pase segura por ella á veros en el Cielo.

§ III

Preparación para la muerte.

Para que temas menos á la muerte cuando ella llegue, háztela familiar con su memoria. Ella toca cada día á las puertas de tus sentidos; no pasa un mes en el cual no muera alguna persona conocida de ti; aplícate los accidentes diversos que las hacen morir. Cualquiera que sea su muerte, ya de enfermedad, ó violenta de cualquier modo, ya repen-

y como á un enemigo que á quien asalta desprevenido puede hacerle mucho mal; mas para con quien prevenido le aguarda, no tiene fuer.

tina ó esperada, piensa que la misma muerte te puede suceder á ti. Disponte cada día para morir, como si él fuera el último de tu vida, teniendo arregladas todas las cosas para aquel trance, como son que tu conciencia esté segura y sin remordimientos; que estén terminados tus negocios en cuanto sea posible; que estén quietas tus pasiones y tu alma en paz; que tus temores y deseos estén mortificados; que esté toda tu esperanza puesta en el Cielo, y que tu corazón solamente aspire á los bienes eternos, que no puedes conseguir sino por medio de la muerte. Llámala con cariño para ganarla; pero no la llares con despecho, con cólera y con impaciencia, porque ella vendrá á ti según el estado en que estuvieses para con ella. Vendrá suave, dulce, benigna y fácil si tú estuvieses para con ella en la misma disposición; pero si estuvieses impaciente, fastidiosa

y colérica, ella te será desabrida, áspera é intolerable. Con el mismo sentimiento de amor laméntate de tu muerte porque se tarda tanto, diciendo con David: «¡Ay de mí, que se ha prolongado mi destierro! ¡Yo esperaba caminar en breve á mi patria para gozar de la presencia de mi Señor, rompiéndose las cadenas con que mi alma, en la cárcel de mi cuerpo, está aprisionada, y veo que mi prisión y mi destierro se van alargando!» ¡Oh moradas hermosísimas del Paraíso! ¿Cuándome será permitido habitar en vosotras? Yo ahora no os veo sino con sólo el pensamiento; mas la parte exterior vuestra, que sola veo, esa bóveda celeste, tiene tal hermosura que toda la tierra respecto de ella es fealdad. Vamos al Cielo, alma mía. ¿Qué hacemos sobre la tierra? Joven que esto lees: ¡llegarás á suspirar, con estos ó semejantes deseos, cuando tuvieses tu corazón despe-

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador

1899

gado de todos los bienes terrenos? en
¡Jesús, Salvador mío! que con vuest- le
tra muerte vencisteis la muerte, y en
con vuestra resurrección triunfasteis r.
de ella, quitándole su amargura
y rigor, y de castigo terrible la
convertisteis en puerta y camino
del cielo : yo os suplico, Señor, que
hagáis que mi muerte sea muy santa
cuando ordenareis que venga, y,
para que lo sea me deis por vuestro
amor un total despego de mí
misma, y de todas las cosas que
tan gran bien pueden impedirme.—
Amén.



y fácil si tú estuvieres para con
ella en la misma disposición ; pero
si estuvieres impaciente, fastidiosa



LA GUIRNALDA

Conclusión.

CÁNDIDA niña que estas reflexio-
nes has leído! Creo que en tu cora-
zón aún llevas la delicada flor de la
inocencia, cuyo perfume es más gra-
to á Dios que el aroma de la azu-
cena y del nardo. Conserva puro
ese corazón que Dios te dió para
que le ames ; adórnalo con las flo-
res de las virtudes, y ofrécelo al Se-
ñor por medio de María, Madre de
la pureza. Forma alguna vez, espe-
cialmente en Mayo, una guirnalda
con las flores simbólicas de estas
reflexiones ; llévala ante el altar de
la Virgen Purísima : ofrécele la guir-

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador

1899

nalda, y el corazón lleno de amor y de los afectos que esta lectura te ha inspirado. Y cuando esta Madre que tanto te ama acepte, sonriendo de ternura, tu sencilla ofrenda, entonces ruega por este pobre sacerdote que escribió para tu bien este libro, y dile á María que me cubra con su manto, pues soy su hijo; que me salve entre las borrascas de la vida, y que abrevie el tiempo en que yo tenga la dicha de ir á posar mi labio en su sagrado pie.—Ama á Jesús, ama á María y ruega por todos, pues somos hermanos.

FIN

MADRID.—IMP. DE SAN FRANCISCO DE SALES
Pasaje de la Albambra, 1.

ella. vendrá su...
y fácil si tú estuvieras para con
ella en la misma disposición; pero
si estuvieras impaciente, fastidiosa

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.....	5
PRÓLOGO-EXCUSA.....	7
ENERO.—Flor: <i>Pensamiento</i>	9
FEBRERO.—Flor: <i>Rosa entre espinas</i> ...	19
MARZO.—Flor: <i>Cactus rojo</i>	31
ABRIL.—Flor: <i>Sensitiva</i>	45
MAYO.—Flor: <i>Betulia morada</i>	53
JUNIO.—Flor: <i>Dalia amarilla</i>	67
JULIO.—Flor: <i>Rosa reina encendida</i> ...	81
AGOSTO.—Flor: <i>Azahar</i>	95
SEPTIEMBRE.—Flor: <i>Nardo</i>	107
OCTUBRE.—Flor: <i>Adelfa</i>	119
NOVIEMBRE.—Flor: <i>Violeta</i>	135
DICIEMBRE.—Flor: <i>No me olvides</i>	151
LA GUARNALDA.— <i>Conclusión</i>	165

MÉXICO.

IMP. DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS
Calle de Meleros, antigua Plaza del Volador

1899